

MONSEÑOR BERNARDINO PIÑERA CARVALLO

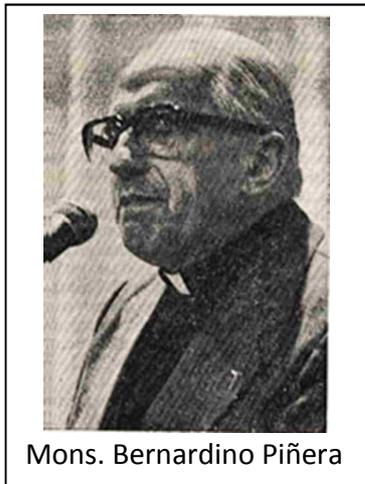
65 años, Obispo Secretario de la Conferencia Episcopal y Presidente del XI Congreso Eucarístico Nacional. Médico,

En 33 años de ministerio sacerdotal ha sido dirigente de la Acción Católica, Vicerrector de la Universidad Católica en tiempos de Monseñor Carlos Casanueva, Obispo Auxiliar de Talca y 17 años Obispo titular de Temuco, "consagrado por entero a la labor de pastor, que es la que corresponde a mi vocación y gusto".

Su infancia y adolescencia transcurrieron en Francia. Asistió allí al Liceo Jansen, de París. La cultura de su casa era laica, su padre liberal, pero su madre, católica practicante, creó un ambiente profundamente cristiano en su hogar, en el cual se rezó siempre el Mes de María y del que arranca su particular devoción a la Virgen.

Ingresó al Seminario a los 26 años, tras haber recibido su título de médico. Cuando dejó la profesión se encontraba trabajando en el Laboratorio de Fisiología de la Universidad Católica como ayudante del profesor Héctor Croxatto

Su testimonio es un relato de la acción de Dios en su vida, que se manifiesta en seis etapas muy marcadas. Monseñor Piñera expresa también cómo el sacerdote se va alejando de su medio para llegar a ser un poco el hombre de todos los ambientes. Y cómo, para él, cada día se vuelven más relativos los valores del mundo y el hombre adquiere más densidad, color y relieve, "Hasta no saber decir si pienso más en Dios para darle a conocer a los hombres o más en el hombre para llevarlo a Dios".



CRISTO Y LA IGLESIA SON UNA MISMA COSA

Un testimonio no es una confidencia. La confidencia es privada; el testimonio es público.

Tampoco es una confesión. Uno se confiesa ante Dios; el testimonio se da delante de los hombres.

La experiencia de Cristo es subjetiva. Pero el testimonio que en ella se da es, o trata de ser, objetivo. Es contar lo que yo veo, o reo, que Dios ha hecho en mí, a través de mí, sin mí y, las más de las veces, a pesar de mí. Hablo de mí, porque es lo que yo conozco, 'ero lo que importa es Dios, el agente, no el terreno en que actúa.

Lo que yo he percibido de la acción de Dios en mi vida sin importancia puede dividirse en seis etapas, que se han sucedido en 1 tiempo, sin desaparecer del todo, de tal manera que hoy coexisten

- 1) La primera etapa ha sido común a muchos de los que hemos dado aquí testimonio. Es el ambiente de una familia cristiana. Mi padre no era practicante, pero sí respetuoso de la fe de sus padres. Mi madre tenía la fe y la piedad tradicionales del Chile de comienzos de este siglo. Ella nos enseñó a rezar. En casa se celebraba el Mes de María, se iba a Misa el domingo. Mis hermanos y yo hicimos la primera comunión. Los valores del hogar eran indudablemente cristianos. La primera acción de Dios en mi vida de que doy testimonio es la de haberme hecho nacer en un ambiente cristiano y haberme hecho grato ese ambiente.
- 2) La segunda etapa es más personal. Antes del conocimiento explícito de la fe revelada, antes del encuentro personal con Cristo y con su Evangelio, existe en el hombre un sentido religioso de la vida, una religión natural, el sentimiento del absoluto, del infinito, el descubrimiento de la conciencia moral, lo que constituye la experiencia religiosa.
Dios me concedió la gracia de tener esa vivencia religiosa, anterior a un conocimiento explícito del contenido de la fe o a una pertenencia firme a la Iglesia. Adolescente, no conocía aún a Cristo y me sentía poco comprometido con su Iglesia, pero era religioso. Me eduqué en un colegio fiscal, laico de espíritu. La cultura que reinaba en mi casa era laica también. Tolerancia y apertura de criterio había en ambos lugares. Pero yo no; fui nunca laico de convicción, sino religioso. Doy testimonio de que Dios puso en mí esa disposición religiosa fundamental, que me llevó a una tercera etapa.
- 3) Esta fue la del conocimiento personal de Cristo. Recuerdo una edición barata del Evangelio de San Mateo, publicada en Chile por aquellos años y que llevé en el bolsillo durante largo tiempo. Tenía entonces alrededor de 20 años. Su lectura fue para mí decisiva.
Más tarde leí la carta escrita por Dostoievski a un amigo desde Siberia, donde cumplía una pena de trabajos forzados. Una mujer piadosa le había regalado al partir una edición de los Santos Evangelios. Era el único libro que la policía del Zar permitía a los convictos. Dostoievski lo leyó y releyó muchas veces. Y escribe a su amigo: "Si me probaran científicamente que el Evangelio no es la verdad, renuncio a la verdad y me quedo con el Evangelio".
Es más razonable dudar del raciocinio científico, humano y falible al fin del cabo, que de la sensación sobrenatural de certeza que da la lectura del Evangelio a quien lo lee con humildad. Eso yo lo sentí cuando, en plena juventud, leí el Evangelio. Y eso también es una gracia de Dios de la que doy testimonio.
- 4) La cuarta etapa fue la de mi llamamiento al sacerdocio o, mejor dicho, a dejar el mundo para seguir a Cristo. Porque del sacerdocio muy poco sabía cuando dejé la medicina y la fisiología por el Seminario. Poco me he preocupado de analizar los motivos de mi decisión. A decir verdad, no hubo decisión ni hubo motivos. Circunstancias, sí. En un momento dado un hombre siente que Cristo le dice: "¡ven y sígueme!" Lo piensa, vacila un poco, mira hacia los lados, por si acaso el llamamiento fuera dirigido a otro —y no a mí—, y sin saber cómo, se encuentra siguiendo a Cristo.
Mi vocación fue tal vez más religiosa que sacerdotal. Tenía muy poco conocimiento de las cosas de Iglesia. No sabía qué cosa era un presbítero. Había conocido algunos sacerdotes extraordinarios, a quienes admiraba y quería. Pero los conocía bajo un aspecto solamente, no en la totalidad de su misión, mucho menos en su esencia. Pero, habían dejado todo para seguir a Cristo, tal como dice el Evangelio. Y eso era lo importante para mí.
Daba una vez un retiro para sacerdotes. Estábamos en plena crisis sacerdotal. Un joven sacerdote extranjero me contó que quería dejar el ministerio. "Estoy enamorado, me dijo. ¡Quiero casarme!"

Le aconsejé, como se hacía entonces, que si su decisión estaba tomada, hiciera las cosas bien. Que solicitara permiso a la Santa Sede. Que esperara que el Santo Padre lo liberara de la obligación del celibato. Entonces quedaría en paz con Dios y podría pensar en casarse.

El joven sacerdote se quedó un rato en silencio. Y luego me dijo:

"Yo sé que el Santo Padre me liberaría de mi promesa de celibato si yo se lo pidiera. Pero eso no me soluciona nada. Yo no me comprometí con el Papa sino con Cristo. Y mi conciencia me dice que Cristo me exige ser fiel a mi vocación." El joven sacerdote superó su crisis y siguió fiel. Yo comprendo a ese sacerdote. No era la Iglesia la que le importaba entonces: era Cristo.

5) La Iglesia, la vine a conocer en el Seminario. Y ese encuentro me ha dejado para toda la vida un recuerdo lleno de cariño. El ambiente del Seminario de Santiago de los años 40 era de gran sencillez, de mucho compañerismo, de piedad auténtica sin aspavientos, de interés por el estudio y de sana alegría. Nunca antes había estado en un lugar así. Ni el liceo ni las universidades en que había estudiado podían compararse. En ninguna parte yo me había sentido mal. Por el contrario. Tenía buenos recuerdos de las diversas etapas de mi vida. Pero aquí se cumplía la palabra del salmista: "¡qué bueno y qué grato es vivir unidos como hermanos!"

Se estudiaba mucho. Los profesores eran excelentes. Pero no existían el orgullo, la ambición, el espíritu competitivo. Se practicaba mucho deporte, desde el fútbol hasta el humilde "conejeo" durante las vacaciones en Punta de Tralca. La música y el canto ponían belleza en nuestras vidas. Nuestros maestros eran hombres buenos, sencillos, humildes, de buen sentido y de vida intachable. ¿Quién de los seminaristas de aquel entonces no conserva un recuerdo lleno de gratitud y admiración de nuestro Rector Monseñor Eduardo Escudero, de Monseñor Baeza, de don Alberto Rencoret, de don Fernando Rodríguez y de tantos otros?

No es que yo no hubiera conocido la Iglesia antes. Allí estaba la Parroquia de mi infancia. La primera comunión, que recibí antes de cumplir diez años y que recuerdo como una experiencia religiosa muy profunda y muy madura. Los ejercicios espirituales de don Carlos Casanueva, de don Manuel Larraín o del padre Hurtado. La Liga Social de Chile, que presidía Julio Philippi. La ANEC, cuyos presidentes se llamaban Eduardo Frei, Manuel Garretón, Ignacio Palma, Manuel Francisco Sánchez o Raúl Oliva y de la que fui también presidente. Pero entonces yo participaba en la Iglesia, casi como desde fuera. Ahora estaba sumergido en ella. La Iglesia desde entonces fue mi familia, mi hogar, mi ambiente, mi vida. La Iglesia de Santiago, en que serví diez años como Presbítero, la Iglesia de Talca en que fui durante tres años auxiliar de don Manuel Larraín, la Iglesia de Temuco, de la que tuve la dicha de ser Pastor durante diecisiete años. Y finalmente la Iglesia en Chile, que estoy sirviendo, como Secretario General, desde hace cuatro años. Sus jueces preguntaron a Juana de Arco: "si era cierto que hubiese dicho que ella se entendía con Cristo y no con la Iglesia". "Para mí, contestó la Santa, Cristo y la Iglesia son una misma cosa". En el viejo Seminario de Santiago me convencí de lo mismo, y esa convicción me ha acompañado toda mi vida.

6) Debí haber terminado aquí mi testimonio. Pero una frase del Padre Bigó, dicha aquí mismo hace pocos días, me ha hecho tomar conciencia de una sexta etapa. Doy aquí testimonio de que Dios me ha enseñado mucho, me ha alentado y me ha edificado a través de mi ministerio sacerdotal. "Nadie como el sacerdote puede dar testimonio de lo que el mundo debe a Cristo", dijo el Padre Bigó. ¡Qué cierto es!

Las maravillas de la gracia divina, yo las he descubierto en el alma y en la vida de los demás, de los pobres principalmente, pero también de los que no lo son. ¡Cuánta razón secreta, cuánta paciencia ignorada, cuánta generosidad desconocida —de los hombres pero no de Dios—, va descubriendo el sacerdote a lo largo de su vida! Y, ¡qué diferente es el mundo que se nos revela en las misiones de campo, en el confesionario, en el compartir la vida de los humildes, de ese otro mundo que nos entregan los medios de comunicación social o la vana agitación de la gente importante!

El sacerdote se va alejando de su ambiente social, cualquiera que sea y llega a ser un poco como el hombre de todos los ambientes. Comparte, desde adentro, la vida de las muchedumbres anónimas, de los hogares modestos, de la juventud liceana, del trabajador y también del profesional o del empresario. Cada día se le vuelven más relativos los valores del mundo: Placer, dinero, poder. Y cada día adquiere más densidad, color y relieve, el hombre —no el alma, el hombre— el hombre creatura de Dios, hasta no saber decir si piensa más en Dios para darlo a conocer a los hombres o más en el hombre para llevarlo a Dios.

Termino mi testimonio. A Pedro que le preguntaba: "Nosotros, que te hemos seguido, que hemos dejado familia, tierra, bienes por ti. ¿Cuál va a ser nuestra recompensa?", el Señor le contestó. "Ustedes recibirán cien veces más en esta vida y, además, la vida eterna.

Doy testimonio de que he recibido ya la primera parte de lo prometido.

¡Que Dios me conceda alcanzar también la segunda!